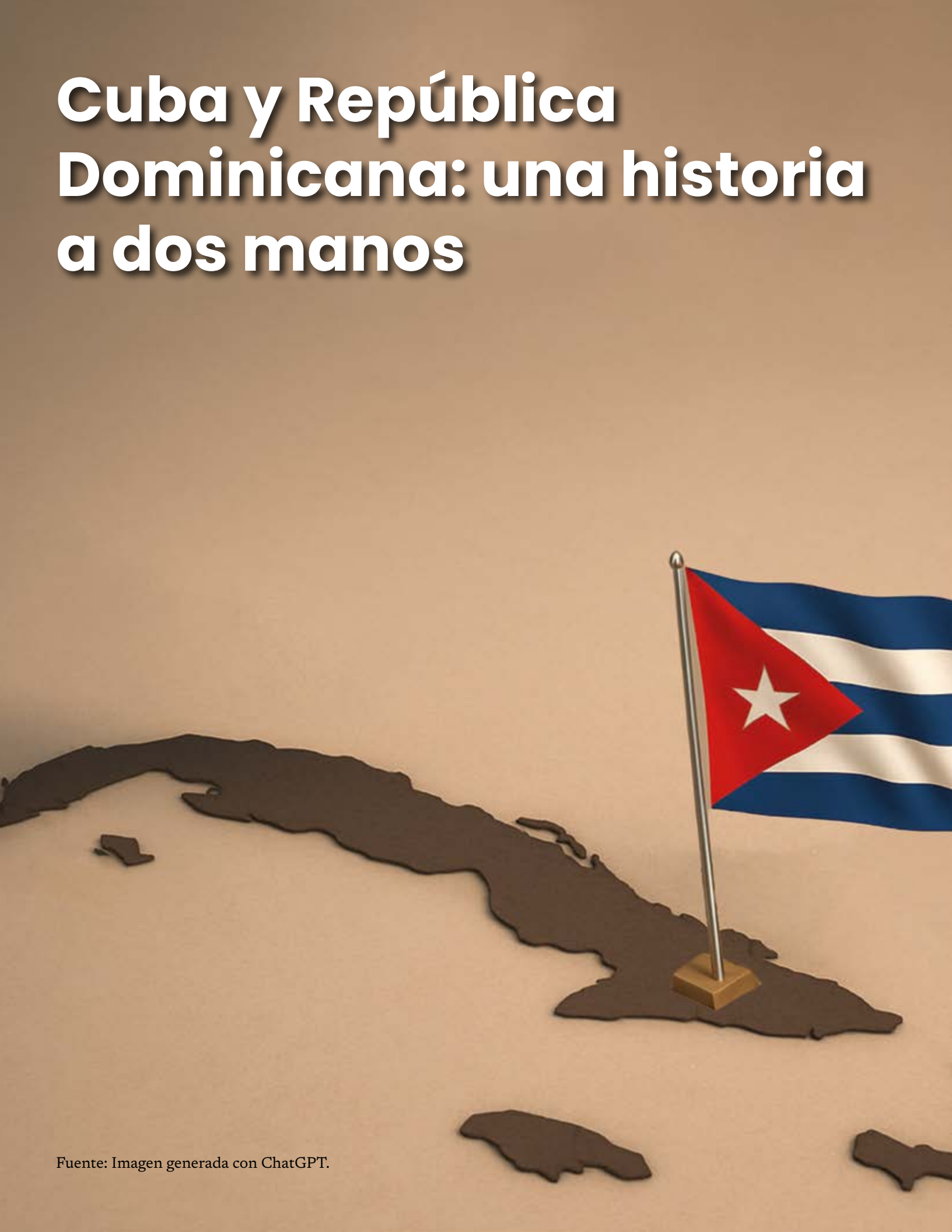
Cuba y República Dominicana: una historia a dos manos



Fuente: Imagen generada con ChatGPT.

Elíades Acosta Matos

Santiago de Cuba (4 de enero de 1959) Filósofo, historiador y novelista. Licenciado en Filosofía en la Universidad de Rostov del Don (URSS) y Dr. en Ciencias Políticas por la Universidad de La Habana. Profesor titular con más de cuarenta y dos años de experiencia. Autor de más de treinta libros de historia, filosofía y política, incluidas tres novelas. Durante diez años se desempeñó como director de la Biblioteca Nacional José Martí, de Cuba. Reside en República Dominicana desde el 2010. Fue responsable del Departamento de Investigaciones del Archivo General de la Nación. Trabaja con la Fundación Juan Bosch.

Cuba y República Dominicana: una historia a dos manos[1]

Elíades Acosta Matos

RESUMEN

Los movimientos migratorios entre Cuba y Santo Domingo tuvieron un notable impulso con la anexión de la segunda a España, en 1861, la Guerra de la Restauración, de 1863 a 1865 y la Guerra de los Diez Años en la primera, de 1868 a 1878. Los peligros y penurias de la guerra sirvieron de catalizador a un flujo permanente de emigrados y refugiados en ambas direcciones, lo que anudó una historia compartida desde antes de la llegada de los españoles a América.

Palabras claves

Migraciones, anexión, restauración, independencia, refugiados, evacuados.

ABSTRACT

Migration between Cuba and Santo Domingo gained significant momentum following the annexation of the latter by Spain in 1861, the War of Restoration (1863–1865), and the Ten Years' War in Cuba (1868–1878). The dangers and hardships of war served as a catalyst for a steady flow of emigrants and refugees in both directions, forging a shared history that dates back to before the arrival of the Spanish in the Americas.

Keywords

Migrations, annexation, restoration, independence, refugees, evacuees.

Contrario a la histórica relación de paz y amistad entre dominicanos y cubanos, establecida desde los albores del descubrimiento, la conquista y la colonización española, es en el período que se extiende entre 1861 y 1878, cuando tienen lugar tres hechos trascendentes y conflictivos que marcan, con su impronta bélica, esa tradicional línea de encuentros: la anexión de Santo Domingo al reino de España; la Guerra de la Restauración, que estalló en esa nación para liquidar el yugo colonial y reimplantar la república, y la Guerra de los Diez años en Cuba, con la finalidad de lograr la independencia nacional y transformar la isla en un estado libre y soberano.

Es paradójico, pero esos tres procesos relacionados con la muerte, la destrucción y la tragedia; interconectados en lo profundo como partes de un mismo devenir histórico, fueron los que consagraron para siempre los lazos estrechísimos que unen a ambos pueblos. Sin su estudio y cabal comprensión, nadie podrá explicarse esa especial comunión y predilección mutua que va más allá de la vecindad geográfica y la cultura compartida. En este caso, como en tantos otros de la historia de las naciones, el pacto indeleble se selló con sangre, el más perdurable delos aglutinantes.

La anexión de Santo Domingo a España puso dramáticamente de relieve la importancia histórica de su cercanía con Cuba y Puerto Rico, dos enclaves coloniales españoles, las últimas posesiones americanas de la corona, que vio en ello la oportunidad de iniciar la reconquista de lo que antes fueran sus dilatados dominios. No fue resultado de una invasión sino de componendas palaciegas y

de traición a los ideales republicanos e independentistas por parte del general Pedro Santana, hasta ese momento presidente de la república. En ese proceso jugó un papel de primer orden la Capitanía General de Cuba. Para explicar en pocas palabras el origen de la nefasta idea de la anexión, brotada en un país que había derramado no poca sangre de sus hijos para sacudirse del yugo haitiano, nadie mejor que el historiador dominicano César Herrera Cabral:

> (…) la anexión fue producto de la tendencia conservadora que comenzó en los albores de nuestro advenimiento a la vida de estado libre e independiente. Esta idea proselitó a todos los políticos sin fe en los destinos del país, que temieron perder el poder tan pronto como lo escalaron, ya por el dominio de la isla por el imperialismo haitiano, siempre amenazante, ya por los azares de las guerras civiles… La idea de la anexión está en la base de todas las apostasías y claudicaciones que propiciaron entonces nuestra reincorporación a España.[2]

Las gestiones y cabildeos para la anexión ocuparon no poco tiempo en la agenda política, pública y secreta. del gobierno de Santana. El 23 de julio de 1859, el secretario de la Legación dominicana en Madrid, Dr. Álvarez de Peralta, entregó al ministro de Estado, Saturnino Calderón Collantes, el borrador del proyecto de convenio que debía ser firmado por ambas partes, y en el cual se establecía, entre otras obligaciones de la parte española, que se autorizaría a que: "(…) de Cuba y Puerto Rico vayan sargentos y oficiales de su ejército para que instruyan a los dominicanos"; y que: "(…) los soldados, cabos y sargentos del ejército de Cuba y Puerto Rico, cumplido el tiempo de su servicio, puedan si quieren, en vez de venir a España, establecerse en la República, enganchándose en el ejército o ejerciendo las industrias que sepan…".[3] Para incentivar esa corriente migratoria, al llegar a República Dominicana los desmovilizados que se alistasen en su ejército recibirían el grado militar siguiente al ostentado.

Lo anterior indica que antes de la anexión formal, que tendría lugar dos años después, comenzó la penetración silenciosa en la isla vecina de desmovilizados españoles "aplatanados", provenientes de Cuba y Puerto Rico, en lo que, de hecho, era una forma de estrechar las relaciones humanas en ambas direcciones. Los desmovilizados dejaban en Cuba amigos, compañeros y familiares con los que intercambiarían desde su nuevo destino, acerca de los asuntos y costumbres dominicanas; y trasladarían a la otra isla giros idiomáticos, hábitos y formas culturales. De esa manera, la interpenetración debió recibir un impulso desde abajo.

Otro hecho relacionado con la anexión, de trascendencia para las relaciones dominico-cubanas y la propia historia de las guerras de independencia, quedó plasmado en el documento entregado en La Habana por Pedro Ricart Torres, ministro de Estado de Hacienda, Comercio y Relaciones Exteriores dominicano, al general Francisco Serrano y Domínguez, capitán general de Cuba quien, en alguna medida, actuaría en ese proceso como representante de la Reina. En el mismo se hacían varias solicitudes a España, entre ellas: "(…) que se conserve la libertad individual sin que jamás pueda establecerse la esclavitud en el territorio dominicano, (y que) se utilicen los servicios del mayor número posible de aquellos hombres que los han prestado a la Patria desde 1844, especialmente en el ejército, y que lo puedan prestar en lo sucesivo a Su Majestad" [4].

---

1. Este artículo constituye la segunda parte de una serie de tres que intenta explorar las migraciones que enlazaron la historia de los pueblos de Santo Domingo y Cuba.
2. César A. Herrera Cabral, *Anexión. Restauración*, primera parte, Archivo General de la Nación, Editora Búho, Santo Domingo, 2012, p. 24.
3. Ídem, p. 36.
4. Ídem, p. 47.

Ese último punto será de gran importancia para la futura Guerra de los Diez Años, en Cuba: se trataba de una petición de Santana que fue aceptada por la Reina y constituye el origen de las Reservas Dominicanas, cuerpo auxiliar del ejército español en Santo Domingo formado con aquellos oficiales y soldados que pasaron exitosamente la depuración de una comisión militar creada al efecto.

En la Guerra de la Restauración, las Reservas Dominicanas jugaron un papel doble y opuesto: proveyeron con jefes y soldados a las fuerzas restauradoras; y del lado español, también con tropas y oficiales que contribuyeron a la defensa del colonialismo y la anexión. En Cuba, una parte de los evacuados con el ejército en 1865, tras la derrota española en Santo Domingo, se unió a los independentistas, tras el alzamiento del 10 de octubre de 1868. Ellos fueron los primeros maestros en el arte de la guerra de guerrillas, y combatieron a otros que se mantuvieron peleando en el bando colonialista, como mismo habían hecho antes todos los evacuados de Santo Domingo.

A partir del 12 de marzo de 1861, como estaba convenido, las guarniciones militares desplegadas en distintas localidades del país se pronunciaron a favor de la anexión a España. El 19 de marzo fue promulgado en Aranjuez, el Real Decreto firmado por la reina Isabel Segunda, que declaraba a República Dominicana "incorporada a la Monarquía". El 6 de agosto de ese mismo año, el general Serrano, procedente de La Habana, visitaba a la nueva colonia. Pronto se ahogarían en sangre las dos primeras acciones armadas contra la anexión y en pro de la restauración de la independencia dominicana: el levantamiento de Moca, del 2 de mayo de 1861, encabezado por José Contreras; y la expedición de Francisco del Rosario Sánchez, a fines de ese mismo mes, procedente de Haití.

La historia posterior muestra un proceso creciente de intercambios entre la Capitanía General de Santo Domingo y las de Cuba y Puerto Rico. Las dos últimas, y especialmente la primera, aportaron tropas, funcionarios, armamento, logística y dinero para el sostenimiento de Pedro Santana al frente de la administración colonial. El general Serrano, con importantes valedores en la Corte, fue encargado de aprobar todas las acciones o medidas a implantar por Santana, con el objetivo de desmontar las instituciones republicanas y refundar las colonialistas.

En mi ensayo "El proceso restaurador visto desde Cuba. Su impacto político y en la guerra de independencia cubana (1868-1878)"[5] analicé cómo transcurrió el proceso depurador del antiguo ejército republicano y de creación de las Reservas Dominicanas. De esa selección, injusta, humillante e irrespetuosa, marcada por la subestimación y el racismo de la Metrópoli, se sembró la semilla de una rebeldía y sorda resistencia silenciosa que estallaría tres años después en la isla vecina, al lanzarse el grito de independencia en el ingenio La Demajagua, de Carlos Manuel de Céspedes, el 10 de octubre de 1868. En el ensayo citado, describí la concatenación de hechos y consecuencias de la siguiente manera:

> Uno de los procesos esenciales llevados a cabo por las nuevas autoridades, fue la disolución del antiguo ejército dominicano, que tan importante papel jugase secundando a Santana en sus planes de anexión. No es osado afirmar que de la manera en que se llevó a cabo la desmovilización del ejército republicano y la constitución de las Reservas Dominicanas, tras la aplicación de una humillante depuración de sus jefes y oficiales, se sembró la semilla para que estallase la Guerra de la Restauración, dos años después, incluso, para que se nutriese de oficiales capaces y fogueados en el combate las filas del futuro Ejército Libertador cubano.

A pesar de los deseos de la Metrópoli, no se pudo liquidar de golpe al ejército republicano, la única fuerza organizada del país capaz de preservar el orden, pero pronto se empezaron a enviar tropas desde Cuba y Puerto Rico en las que se confiaba más. Entre los primeros en arribar desde La Habana, el 5 de abril de 1861, al

frente de un contingente militar, estaba el entonces comandante Ramón Blanco y Erenas, quien sería el último capitán general de Cuba, al producirse en 1898 la derrota de España en la guerra con Estados Unidos.

Lo humillante de la depuración, que dejó sin empleo y sueldo a un grupo numeroso de oficiales que habían luchado contra los haitianos y asegurado la independencia y soberanía nacional, se completó con la humillación de los seleccionados para formar parte del nuevo cuerpo auxiliar del ejército español; a los que se discriminó doblemente: primero, por su condición de dominicanos, asignándoles salarios que eran la mitad de lo que recibían los oficiales españoles del mismo rango, y que muchas veces ni siquiera se pagaban; y segundo, por ser mestizos o negros. En su libro La Guerra de la Restauración, el profesor Juan Bosch cita al respecto al general español José de la Gándara y Navarro, gobernador militar que fuese de Santiago de Cuba en 1862, y de Santo Domingo entre y hasta la evacuación de julio de 1865:

> Los oficiales y soldados del ejército peninsular, así como los empleados que España mandó a su nueva Antilla, acostumbrados a considerar la raza negra y los mestizos como una especie de gente inferior, no se recataron de manifestarlo, desdeñaban su trato o repugnaban su compañía. En ocasiones hubo blancos que dijeron a negros que si estuvieran en Cuba y Puerto Rico, serían esclavos y podrían venderlos.[6]

Todas esas contradicciones y tensiones internas se agravaron en la medida en que se desarrollaba la Guerra de la Restauración, que estalló el 16 de agosto de 1863, enfrentando a los patriotas dominicanos con el ejército español y las Reservas Dominicanas a su servicio. En la medida en que España iba siendo derrotada, aumentaban las acusaciones y la desconfianza hacia los aliados locales, como expresaba el general José Antonio Hungría, de las propias Reservas Dominicanas, en un informe al mando del 24 de febrero de 1863, al producirse los primeros levantamientos que antecedieron al inicio de la guerra: "Con la gente del país no puede contarse –afirmaba– pues la que no nos es completamente hostil se mantiene quieta, sin acudir". El historiador dominicano Domingo Lilón, citando a Juan B. Vilar,[7] ha descrito el catastrófico costo que tuvo para la monarquía española la fracasada aventura dominicana:

> Los presupuestos de Guerra y Marina alcanzaron en el período 1856-1866 cerca de 2,000 millones de reales, aparte de otros 1,000 millones en presupuestos extraordinarios votados por las Cortes, con destino a sufragar las empresas de Marruecos, Santo Domingo y el Pacífico, las más costosas... Muy graves, por irreparables, fueron las pérdidas humanas. La de Santo Domingo en 30,000, de los cuales 25,000 en los cuerpos expedicionarios enviados desde la península y los 5,000 restantes, en los procedentes de Cuba y Puerto Rico.

La evacuación de las maltrechas tropas españolas desde Santo Domingo fue por etapas y tuvo diferentes destinos. Mucho se discutió entonces, entre los principales personeros de la administración colonial, sobre la inconveniencia de enviar oficiales de las Reservas Dominicanas, que deseaban abandonar el país tras el triunfo de los restauradores, a destinos como los de Cuba, Puerto Rico y la península, donde el color de su piel, a pesar de su historial de fidelidad a la causa española, podría crear problemas y ser un mal ejemplo para las masas de esclavos. El historiador cubano Benigno Bouza, biógrafo del generalísimo Máximo Gómez, así lo consignó:

---

5. Elíades Acosta Matos: *El proceso restaurador visto desde Cuba. Su impacto político y en la guerra de independencia cubana (1868-1878)*, AGN, imprenta Vimont, Santo Domingo, 2016.
6. Juan Bosch, *Guerra de la Restauración*, Fundación Juan Bosch, editora Soto Castillo, Santo Domingo, 2012, P. 62.
7. Domingo Lilón: La República Dominicana y la lucha por la independencia de Cuba, en http://medc.ulpgc/utils/getfile/coleccyion/coloquios/id/1030/filename/1321.pdf

> Las instrucciones dadas por las autoridades españolas sobre estos refugiados estipulaban que no les era permitido residir en Cuba, salvo raras excepciones y ninguna si se trataba de un hombre de color. Debían escoger su residencia entre Baleares, Canarias, África o Filipinas. La irritación de los dominicanos fue la consecuencia de tan injustas medidas, amén del aflictivo desamparo de estos. La sociedad cubana de Santiago (de Cuba) hizo varias suscripciones para aliviar su miseria.[8]

El mismo general La Gándara, último gobernador militar español en Santo Domingo, lo hizo saber en su libro Anexión y guerra de Santo Domingo, citado por el propio Benigno Souza:

> Si no de la anexión, de la actual revolución en Santo Domingo saldrán peligros para Cuba y Puerto Rico: el ejemplo ha sido funesto y los elementos hostiles a España que allí existen, sabrán explotarlo en su provecho, así como la triste verdad demostrada en esta guerra de los grandes obstáculos que para los ejércitos europeos implica la guerra en el trópico.[9]

Para concluir, La Gándara aconsejaba que, de los dominicanos que España evacuaría: "(...) a la isla de Cuba, por ejemplo, no podrán ir los hombres de color, y aún con los blancos (en su mayoría descendientes de canarios. N. del A.) habrá que ser circunspectos en la designación de aquellas personas a las que se permita fijar allí su residencia".[10]

Como es sabido y ha sido exhaustivamente documentado por la Dra. Olga Portuondo, historiadora de la ciudad de Santiago de Cuba, la capital del Departamento Oriental fungió como retaguardia de las tropas españolas destacadas en Santo Domingo. Un intenso trasiego de barcos en una y otra dirección, ponía en sintonía la vida de ambos territorios, creando una atmósfera peculiar donde las noticias de allende al mar eran tomadas, comentadas, discutidas y circuladas, tanto en suelo dominicano como cubano, sentidas como propias. Solo en 1864 estuvieron acantonados en Santiago de Cuba y enviados a Santo Domingo 9660 soldados y oficiales, y en sentido contrario llegaron a la urbe 2,240 heridos y enfermos, ingresados en el Hospital Militar.

Cuando el 3 de marzo de 1865 la reina Isabel Segunda firmó el real decreto mediante el cual se anulaba la anexión de Santo Domingo a la Corona y disponía su evacuación, espectáculo triste de una tropa derrotada, exhausta, enferma y herida, aquella imagen debió pesar mucho en el ánimo de los cubanos siempre levantiscos, que desde mucho antes conspiraban. Así lo describí en mi ensayo anteriormente citado:

> Viendo los restos del naufragio colonialista, y escuchando las historias de boca de los mismos protagonistas de la debacle, los cubanos comprendieron mejor que nunca que el régimen que los oprimía no era invencible, y que si los dominicanos habían logrado ponerlos de rodillas, ellos también podrían hacerlo. Y por si fuera poco, entre los evacuados a Cuba se hallaban 39 jefes y oficiales de las Reservas Dominicanas, muchos de los cuales, cansados de humillaciones y abusos de los que se suponían eran sus compañeros de armas, y por cuya causa habían derramado su sangre y arriesgado su vida, no tardarían en confraternizar con el pueblo cubano e inevitablemente, con los conspiradores independentistas. Esta vez no hubo arcos de triunfo ni banderas. La suerte de Cuba quedaba sellada en el suelo de la isla hermana. El colonialismo español, sin saberlo, portaba en sus entrañas el germen que lo destruiría en Cuba.[11]

De un total de 103 jefes, oficiales y clases de las Reservas Dominicanas evacuados junto a las tropas españolas al finalizar la Guerra de la Restauración, y cuyos nombres y destinos figuran en la relación oficial del Ministerio de Guerra; cumpliendo lo estipulado en la Real Orden del 15 de abril de 1865 podemos distinguir a 39 evacuados hacia Cuba, lo que representaba el 37,8 % del total, solo superados en número por los 48 evacuados a Puerto Rico.[12] De ellos, tres ostentaban el grado de mariscal de campo; siete, de coroneles; cinco, de tenientes coroneles; tres, de comandantes; doce,

de capitanes; cuatro, de subtenientes; tres, de sargentos, y dos, de cabos. Por lugar de residencia en Cuba, se establecieron en Manzanillo, en Santiago de Cuba y el resto, algunos sin especificar y otros en La Habana, Nuevitas y Puerto Príncipe.

Es importante destacar que de los 26 asentados en el Departamento Oriental, se unieron a las filas del Ejército Libertador cubano, mientras que otros continuaron fieles a España, entre los que cabe destacar al mariscal de campo Eusebio Puello Castro, el coronel José Vicente Valera y Álvarez, el coronel y luego general Francisco Javier Heredia Solá y el coronel Juan Nepomuceno Ravelo Reyes.

La relación de los oficiales de las Reservas Dominicanas que se unieron a la lucha por la independencia de Cuba es extensa y honorable: Modesto Díaz Álvarez;[13] José Ignacio Díaz Álvarez; los hermanos Francisco, Luis y Félix Marcano Álvarez; Francisco Javier Heredia Solá (inicialmente se unió a la causa cubana, recibiendo los grados de general de brigada de manos de Carlos Manuel de Céspedes, regresando luego al ejército español donde también alcanzó el rango de general); Manuel Javier Abreu Romero; Máximo Gómez Báez; Carlos de Soto Araujo; Juan Gómez Báez; Rufino Martínez; Santiago Pérez Tejeda; Toribio Yépez Mendoza y Manuel María Frómeta Arias.

Que los dominicanos que se unieron al ejército mambí estuviesen fogueados en las guerras contra los haitianos y las fuerzas españolas, incluso que conocieran a muchos jefes y oficiales colonialistas junto a los cuales habían peleado en la gesta restauradora, revistió especial importancia en los momentos iniciales, cuando los cubanos estaban animados por convicciones libertarias y patrióticas; pero desconocían todo sobre el arte de la guerra, y especialmente de la guerra de guerrillas en la que los restauradores fueron maestros. No es casual, en consecuencia, que como señala Domingo Lilón: "(...) Luis Marcano sería designado segundo jefe del Ejército Libertador, con el grado de teniente general; Modesto Díaz sería designado con mando en Manzanillo y Las Tunas; Máximo Gómez, en Jiguaní y Francisco Marcano en Bayamo y Holguín, entre otros".[14]

Los motivos que hicieron que muchos de esos antiguos jefes y oficiales de las Reservas Dominicanas abandonasen las filas españolas al inicio de las guerras de independencia en Cuba, uniéndose a los rebeldes cubanos, deben buscarse en varias causas, que aunque tuvieron factores comunes, también dependían de sus historias y experiencias personales. Muchos oficiales de las Reservas Dominicanas no habían peleado del lado español en Santo Domingo por convicción ni fidelidad a la monarquía española, sino por lealtades personales y familiares o como reacción a desmanes y excesos cometidos por algunas tropas restauradoras, en los inicios de la contienda. Ese fue el caso de Máximo Gómez. Inicialmente estuvo ubicado entre los que conspiraban contra la anexión en su natal Baní, pero al ser tomado el poblado por los restauradores al mando del general Pedro Florentino, este ordenó incendiar la población y fusilar a 31 notables. Benigno Souza, en su obra ya citada, afirmó que: "(...) este episodio, salvaje y sangriento, fijó la suerte futura de Baní y sus hijos. Valera, Heredia, Marcano, Tejada y Gómez, junto a otros banilejos ilustres, siguieron las banderas de España". [15]

8. Benigno Souza: *Máximo Gómez, el Generalísimo*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana 1986, pp.30-31.
9. Ídem, p. 30
10. Archivo Nacional de Cuba, Asuntos Políticos, caja 227, número 6.
11. Elíades Acosta Matos, op. cit, pp. 30-31.
12. Emilio Rodríguez Demorizi: *Hojas de Servicio del Ejército Dominicano*, 1844-1865, Volumen II, Editora del Caribe, Santo Domingo, 1976, pp. 92-104.
13. Modesto Díaz ostentaba en 1862 los grados de general de División de las Reservas Dominicanas al servicio de España, los que le fueron respetados en Cuba. Evacuado en 1865 y asentado en la zona oriental de la isla vecina, se mantuvo del lado colonialista al estallar la Guerra de los Diez Años. Capturado por los rebeldes al ser tomada la ciudad de Bayamo el 20 de octubre de 1868, junto al coronel Franco Javier Heredia y Solá, también procedente de las Reservas Dominicanas y jefe de voluntarios, recibió en su prisión la visita de Carlos Manuel de Céspedes, quien lo persuadió de unirse a los mambises, como también hizo por separado con Heredia. El resultado de la plática reservada fue contradictorio, como indica la edición anotada por el historiador Ludín B. Fonseca García de otras obras publicadas por Novel e Ibañez, Fernando Figueredo y Antonio Miguel Alcover sobre la toma, posesión y quema de Bayamo (Ediciones Bayamo, 2013): "La aceptación de Modesto Díaz fue sincera, no así la de Heredia, que casi no prestó ningún servicio a la causa cubana y a la primera oportunidad volvió a las filas españolas...". *Op. cit*, p.88.
14. Domingo Lilón, *op. cit*.
15. Benigno Souza, *op. cit*, p. 29.

Pintura representativa de las guerras de independencia de Cuba. Fuente: americanuestra.com

Fue la propia monarquía española, representada en sus jefes y oficiales despechados con la derrota de Santo Domingo, frecuentemente racistas y soberbios, quienes se encargaron de alejar a sus antiguos aliados dominicanos y acercarlos a los cubanos que conspiraban. La desconfianza, la subestimación, los malos tratos, las promesas incumplidas, las humillaciones y ofensas recibidas por estos inclinaron el fiel de la balanza, como era de esperar, hacia el lado del pueblo que los acogió con respeto, hospitalidad y solidaridad.

El factor racial fue también determinante, especialmente cuando los dominicanos conocieron en Cuba, de primera mano, la forma de esclavitud existente en las plantaciones, muy diferentes a las prevalecientes en el hato dominicano. De hecho, en Santo Domingo, la esclavitud había sido abolida tras la invasión haitiana dirigida por Toussaint Louverture, en 1801, y refrendada tras la ocupación haitiana de 1822.[16]

Del rechazo dominicano al triste espectáculo de la esclavitud en Cuba contó el propio generalísimo Máximo Gómez a Fermín Valdés Domínguez, el 15 de agosto de 1896, en el campamento mambí de Minas de Camasán: "Muy pronto me sentí yo unido al ser que más sufría en Cuba y sobre el que pesaba tan gran desgracia; el negro esclavo... Por mis relaciones con cubanos entré en la conspiración, pero yo fui a la guerra a pelear por la libertad del negro".[17] El caso de Gómez es muy similar al de los hermanos Félix, Luis Jerónimo y Francisco Marcano Álvarez, todos oficiales de las Reservas Dominicanas que pelearon del lado español en la contienda de su suelo natal. Luis Jerónimo, incluso, fue ayudante del general Pedro Santana, artífice principal de la anexión y fue evacuado a Cuba con el grado de capitán, mientras sus dos hermanos lo acompañaron con el grado de teniente. Gómez, al arribar a la otra isla, ostentaba el grado de comandante de Caballería. Todos se asentaron en el poblado de El Dátil, cerca de Bayamo.

El mismo 10 de octubre de 1868, Luis Marcano estuvo en el ingenio La Demajagua con Carlos Manuel de Céspedes, entre los 37 hombres que lo secundaron en el alzamiento que inició la Guerra de los Diez Años. Sus hermanos se incorporaron al día siguiente. Gómez, que había estado conspirando con el cubano José Vázquez, todos bajo el liderazgo de Eduardo Bertot Miniet, se incorporó a la revolución seis días después de iniciada, recibiendo los grados de sargento de manos del poeta José Joaquín Palma. Ascendido a general por Céspedes y asignado a las órdenes del mayor general Donato Mármol, dirigió la primera carga al machete el 4 de noviembre de 1868, en la zona conocida como Pino de Baire, contra la columna española del coronel Demetrio Quirós, salida de Santiago de Cuba para intentar la recaptura de Bayamo, la que fue prácticamente diezmada.

La presencia y experiencia combativa de los dominicanos evacuados a Cuba, tras la derrota española en la Guerra de la Restauración, fue

decisiva para la formación del Ejército Libertador y salvó a la revolución del naufragio que la amenazaba en sus inicios, fruto de la inexperiencia, la desorganización y las indisciplinas. Y no solo fue decisiva, sino mucho más extensa de lo que suponíamos, como evidencia el historiador cubano Sergio Guerra Vilaboy:

> En los primeros momentos de la Guerra de los Diez Años, cuatro de los seis territorios orientales levantados contra España estuvieron al mando de dominicanos... Muchos más combatientes nacidos en la isla de Santo Domingo sobresalieron en las guerras de independencia de Cuba y algunos han quedado como héroes anónimos. Según cifras no definitivas, se sabe que solo en la Guerra de los Diez Años combatieron en las filas del Ejército Libertador cubano no menos de 88 dominicanos, de los cuales tres alcanzaron el rango de mayor general, tres el de general de brigada, nueve el de coronel, siete de teniente coronel, doce de comandantes, seis de capitán, cuatro de tenientes, uno de Alférez y dos de sargento. Ello significa que la mitad de los dominicanos conocidos llegaron a ostentar grados en el Ejército Libertador de Cuba.[18]

En aquella, la primera de nuestras contiendas libertarias, para el ejército español, sus voluntarios y contraguerrilleros, el ser dominicano era sinónimo de enemigo de la monarquía colonial y partidario de la independencia de Cuba. Así se deduce de la lectura del singular Libro de la sangre: martirologio cubano de la Guerra de los Diez Años, un texto publicado inicialmente en Estados Unidos, en inglés y anónimo, que compilaba los crímenes de las tropas españolas y de aquellos cubanos a su servicio, cometidos en el país, durante la contienda.[19] De su lectura, trágica y espeluznante, compendio de ejecuciones extrajudiciales por sospechas o simple vesania, hallamos que: al igual que entre los ejecutados en el garrote vil, los desaparecidos tras ser juzgados por traición en cortes militares, los enviados a los presidios africanos y los deportados de la isla, se encuentran apellidos dominicanos como Pimentel, Sánchez, Ramírez, Díaz, Gómez, Abreu, Mejía y Vargas. Estaba demasiado fresca la derrota en la gesta restauradora y el ejemplo de los muchos oficiales de las Reservas Dominicanas que peleaban del lado cubano, como para no tomar venganza cobarde en cualquier dominicano capturado.

Cuando el 11 de abril de 1895 se produce el desembarco por Playita de Cajobabo de José Martí y Máximo Gómez, para encabezar la nueva gesta libertaria cubana que había comenzado el 24 de febrero, en el bote que los conduce a tierra, en medio del mal tiempo y la oscuridad, los acompañaban Francisco Borrero, César Salas, Ángel Guerra y el dominicano Marcos del Rosario; y que en el Estado Mayor del generalísimo Máximo Gómez ocupasen lugares prominentes los coroneles dominicanos Marcos del Rosario y Lorenzo Despradel.

Bastaría el solo hecho de que en aquel puñado de patriotas que llegaban a la isla rebelde para contribuir a liberarla del yugo colonial, y entre los que llevaron la bandera libertaria alzada hasta el final, se hallaban en el desembarco por Playitas dos dominicanos y cuatro cubanos; y en el campamento del jefe del Ejército Libertador, tres dominicanos, para expresar, en pocas palabras, por qué la nuestra es una historia a dos manos.

---

16. Emilio Cordero Michel: La primera abolición de la esclavitud en Santo Domingo, 1801. Conferencia brindada en la sede de la Academia Dominicana de la Historia, el 23 de agosto del 2005, publicada en la revista *Clío*, número 170, 2005, pp.103-114.
17. Ídem, p.31.
18. Sergio Guerra Vilaboy: Dominicanos en la independencia de Cuba, publicado en www.adhilac.com.ar, el 4 de septiembre del 2021.
19. El *Libro de sangre; martirologio cubano de la Guerra de los Diez Años* fue compilado desde octubre de 1868 hasta 1871, por José Ignacio Rodríguez, quien fuera profesor de José Martí en el Colegio El Salvador, de Rafael María de Mendive. Exiliado en los Estados Unidos, donde con el paso del tiempo se convertiría en prominente líder anexionista, y en consecuencia enemigo de la independencia y de Martí; fue sustituido en la compilación de los crímenes del colonialismo en Cuba por Néstor Ponce de León, quien realizó la actualización de los datos hasta 1873. En la edición de 1871 se enumeran los nombres de 1828 asesinados en los campos y ciudades de Cuba, solo por sospechas, y los de 2650 fusilados al ser hechos prisioneros, sorprendidos con las armas en la mano.